

# Leyendo al camarada Nikita (4)

José  
Marín  
Cañas



El lector, si ha resistido hasta aquí sin deterioro de su curiosidad y mengua de su salud, pensará que, a pesar de haberlo prometido desde el arranque, aún no he dicho lo prometido. Muy al contrario de ello, la caligrafía ha caminado al gairete de aquí para allá hablando de todo, menos de lo propuesto. Se trata, sin embargo, de una técnica necesaria para capturar —si es palatable la palabra en este caso— la atención del lector, método no muy original y ya empleado antes, en forma profusa por prestidigitadores ramplones y circos de carpa vieja, que sacan “la mujer bigotuda” —máxima novedad del programa— sólo al final de la desmirriada y melancólica función.

Antes de entrar en lo concipuo de los “recuerdos de Kruschef” es aconsejable y, por demás saludable, hacer un viaje por “aquéllos días que cambiaron la faz del mundo”, para repetir la tan manoseada frase de John Reed. Esos días fueron los de Lenin y Trotsky. A pesar de no haber sido nunca —ni aún cuando tenía catorce años, edad propicia para cultivar el “scultismo”, hacer versos y sentirse revolucionario— “boy scout”, poeta malo ni izquierdista, (sobre todo a la manera y uso del Octubre históricamente grave), siempre he tenido por Lenin el respeto que despierta la presencia de un talento grande, ya sea en el campo de las ciencias, como en el de las artes o en el meramente político. Pero, con ser mucho éste por el máximo conductor, mi preferencia siempre se inclinó, se inclina y se orientará hacia la figura de Trotsky. De joven leí un libro sobre la visita del revolucionario a España. No quiero negar que sus páginas me encantaron. Más que político, me parecía un escritor, (basado en ese mismo criterio, de él hacía mofa Menjinsky, un sinistro personaje ambiguo, tísico y pianista —muy bueno por cierto— que “como Chopin”, se gún repetía, se refugiaba en el teclado para ahuyentar las descargas del pelotón de fusilamiento que llegaban a su oficina, en la que instaló un piano) de la G. P. U. con todas las cualidades de fino observador, artista de sensibilidad aguda y maestro insigne de la frase y de la dialéctica; igual que su historia anterior al libro, como organizador y constructor del Ejército Rojo; sus victorias sobre el Ejército Blanco de Koltchak. ¿Acaso las de Frunzé, recuperando la Crimea y venciendo en Perekop, no se habían logrado con la construcción del genial intelecto de aquel hom-

brecillo de mirada de gato y cabellos de loco? Y él mismo, cambiando su estudio por el vagón ferrocarrilero de comandante en jefe ¿no había derrotado a Deniquin y a Wrangel, el sucesor, en el mero año 19?

Su profunda raíz de prosista, su curiosidad de trasegador de letras, hábil para el “ensamblaje” —que se dice ahora— de signos, palabras, ideas, al calcificar una frase sobre el ruidillo rasgante de la pluma que escribe; su alma de artista, su afán de lector, su incansable dialéctica política a contrapelo con la histórica; todo, cada cosa y todo al par, trazó su destino y perdición. Perdió el gesto, el ritmo y la andadura. La vida en su- ma.

En su visita a España, dio en las páginas de aquel libro que leyerá el que esto escribe, un “do de pecho” fervorosamente desafinado. El mismo pensamiento: “España será el próximo país comunista”, por ser un dislate gordo, aumentó mi entusiasmo, igual a ese espectador que se enamora de la tiple que ha soltado un “gallo” en el sexteto de “Lucía”.

El error se lo había dictado su amor por la tierra humana, ardiente y solemne, jaquelle que, humanamente, tanto se parecía a la suya!

Menjinsky, el “Chopin de guardarropía”, tuvo un gran “role” en la desgracia del viejo y fatigado bolchevique. Ya él lo había presentado como un pálpito del hígado: “Como si, en la mesa, hubiese tragado un fragmento de vidrio”, dice de su primer encuentro con el zorro tísico y músico. El que esto escribe hubiera hecho lo indecible por salvarlo; pero nada, por seguirlo.

Volando a ras de los tejados, esculquemos lo que pasaba en la Santa Rusia. Era otoño joven del 17; estallaba, como una bomba de tiempo, la revolución. El estampido sonó en Europa, exactamente cuarenta días después del asesinato de Rasputin.

En tres frentes, se luchaba: 1º— contra los Ejércitos Blancos que habían venido de la Europa cercana a recoger las migajas del Imperio y resablecerlo. 2º Contra las masas campesinas, que se negaban a entregar sus tierras y sus cosechas cuando la idea de “tener” despertaba en el desaforado corazón de la humanidad, apenas saliendo de la legendaria pobreza. 3º No contra, sino, entre, los jerarcas del movimiento, lucha con característica prehistórica, a dentelladas y coletazos, como debieron luchar los grandes cuadrúpedos de las edades paleolíticas: por la supervivencia, exclusivamente.

En todas estas fases, cuyas dimensiones rebalsaron los tamaños más heroicos y dramáticos, se perfilaron personajes de pesadilla, sucesos de “guiñol” y tomando toda esta sintomatología, podemos ahondar en lo que fue “aquello”. La historia delinea los sucesos por sus perfiles y consecuencias. Pero en el fondo de los hechos hay una galaxia turbulenta, que es necesario “espectrar”. Solamente cono-

ciendo el comportamiento de los hombres, podremos eludir esas que llaman “comulgar con ruedas de molino”. El mismo Lenin, en su primera aventura fuera de las fronteras, ideó apoderarse de Polonia y llegar hasta el Rhuin para “pulsar la revolución mundial”. “Pulsar la revolución”, he aquí el gran vacío de los “compañeros de viaje”, de los “tontos útiles”, de los “inefables” y candorosos entusiastas de ahora”.

Un pueblo progresa, madura, desarrolla, no cuando construy rascacielos, o tiene moto sin cuando alcanza un espíritu crítico eficaz. Y así como el pueblo, sus componentes: el hombre logra la condición de hombridad, en la misma relación en que con sigue la firmeza y habilidad de su sentido crítico. Encaramarse en el alegre “carrousel” donde va la gente, “como va Vicente”, constituye un error, a veces irreparable.

La Constitución no prohíbe, al ciudadano que se le antoje, arrojarse por encima de la baranda del puente de los Anonos. Lo que sí vamos a tener que pensar muchas veces, es si nos decidimos a arrojar a la Patria, de cabeza, por el mismo puente de los Anonos.

De las tres fases propuestas, la primera caminó, aunque duramente, como pan comido. El Ejército Rojo traspasó el Volga y las unidades de Kornilov, Alexeiev, Deniquin y Markov, que combatieron tenazmente en el septentrión del Cáucaso, el Don, fueron al fin derrotadas y expulsadas. Trotsky se convertía en el N.2 del Régimen. Mientras en las tierras desalojadas aparecía, para ingrata y eterna memoria, un tal Bela Kum, húngaro, cuyo rastro aún está marcado en el folio de la historia negra. La segunda, tuvo el tamaño y el diseño de las grandes tormentas de sangre y la carne de “kulacks”, funcionarios, policías, campesinos, desertores que no habían acudido al llamado del Partido para la guerra civil, militares zarista, nobles, ricos, labriegos, en racimos abonaron la tierra. No fue esta masacre inferior a las del recordado déspota, cuya memoria se remontaba al siglo XVI. La tercera fase fue la mejor, en la que el veneno, el puñal, la delación la traición, el tormento, la fusilada, la mazmorra, fueron fichas de un ajedrez que le para los pelos al más pintado.

Dentro de esa fase, ocurrieron las cosas que nos han dado el retrato, en colores, de los jefes de la Cheka, ya que era el arma de combate en la guerra doméstica íntima, como entre casa. La sarta de crimenes las dentelladas de aquellos cuadrúpedos; la ferocidad de lo que pasó, tuvo mucho de “velada familiar”, de “sobremesa íntima”, de “plácida paz hogareña”. No se oyeron los gritos ni se mancharon los muebles. Tuvo esa lucha la misma sórdida y bárbara solemnidad con la que Yusupof abatió en su propia casa, y en una cena elegante y con ricos licores, la sombra fatídica del Monje Rasputin.

Pero de eso, —la tercera fase— nos ocuparemos otro día.

(Continuará)